

La guerra que salvó mi vida

Kimberly Brubaker Bradley

loqueleg

Capítulo 1

—¡Ada, aléjate de la ventana! —gritó mi madre.

De inmediato sentí su brazo; me jaló tan fuerte que me caí de la silla y azoté contra el suelo.

—Sólo estaba saludando a Stephen White —era lo bastante astuta como para no responderle, pero a veces la boca es más rápida que el cerebro.

Ese verano me convertí en una luchadora.

Mi mamá me dio una cachetada. Fuerte. Mi cabeza rebotó contra la pata de la silla: vi estrellitas de todos los colores.

—¡No hables con nadie! —me ordenó mamá—. Te di permiso de ver por la ventana porque tengo un gran corazón, pero te lo voy a prohibir si sigues sacando esa narizota, y, sobre todo, si te pones a parlotear.

—Jamie está afuera —murmuré.

—¿Por qué no habría de estarlo? —respondió mamá—. Él no es un lisiado, como tú.

Me tragué las palabras que iba a pronunciar y agité la cabeza para desvanecerlas. Fue entonces, por fortuna, cuando vi la mancha de sangre en el piso. No la había limpiado. Si mi

mamá la hubiera visto, no habría tardado ni un segundo en atar cabos. Y entonces tendría la soga al cuello. Me deslicé hasta cubrir la mancha con el cuerpo y doblé mi pie malo.

—Más te vale estar preparando mi té —dijo mamá, y se sentó en el borde de la cama, se quitó las medias y estiró los dedos de los pies, esos pies perfectamente sanos, cerca de mi cara—. Estoy por salir al trabajo.

—Sí, mamá —respondí, y tapé la mancha de sangre con la silla.

Me arrastré por el piso, cuidándome de mantener el pie cubierto de costras fuera de su vista. Me trepé a la otra silla, encendí la estufa y puse a calentar la tetera.

—Córtame un poco de pan y pásame la manteca. Ah, y guárdale un poco a tu hermano —rio mamá—. Si sobra algo, avientalo por la ventana a ver si a Stephen White le gusta tu cena. ¿Cómo ves?

Me quedé callada. Corté dos rebanadas de pan y escondí el resto detrás del fregadero. Jamie no vendría a casa hasta que mi madre hubiese partido, y él siempre compartía conmigo lo que hubiera de comer.

Cuando el té estuvo listo, mamá se acercó por su taza.

—No creas que no te estoy viendo, mi amor —dijo—. Ni se te ocurra que te puedes burlar de mí. Bastante suertuda eres de que te soporte así como estás, y no tienes ni idea de cómo podrían empeorar las cosas.

Yo también me había servido una taza de té. Di un buen trago y sentí el líquido hirviendo en mi garganta. Mamá no bromeaba; yo, tampoco.

Existen muchas clases de guerras. La historia que estoy contando empezó hace cuatro años, al inicio del verano de 1939. Inglaterra estaba a punto de entrar en otra guerra mundial, la que justo ahora se está peleando. La mayoría de la gente estaba atemorizada. Yo tenía diez años (aunque por entonces no lo sabía), y si bien había escuchado algo sobre Hitler —palabras aisladas y uno que otro insulto que volaba desde el pasillo hasta mi ventana del tercer piso—, ni él ni ninguna guerra entre países me preocupaban en lo más mínimo. Por lo que he contado, podrían pensar que yo estaba en guerra con mi madre, pero no era así: mi primera guerra, en la que combatía ese junio, era contra mi hermano.

Jamie tenía un mechón castaño oscuro, ojos angelicales y el alma de un diablillo. Mamá decía que tenía seis años y que entraría a la escuela en otoño. A diferencia de mí, sus piernas eran fuertes y estaban coronadas por dos sólidos pies; los usaba para huir de mí.

A mí me aterrorizaba quedarme sola.

Nuestro departamento, de una sola habitación, estaba en el tercer piso del mismo edificio del bar donde mi madre trabajaba de noche. Mamá se despertaba tarde. Yo era la encargada de darle de desayunar a Jamie y de mantenerlo callado hasta que ella se levantaba. Cuando ese momento llegaba, mamá solía salir a comprar algo o a chismear con las otras mujeres en el pasillo. A veces se llevaba a Jamie, pero no muy seguido. Después, en la noche, se iba al trabajo y yo le servía té a mi hermano, lo arrullaba y lo dormía. No recordaba bien desde cuándo seguía esa rutina; creo que

desde que Jamie usaba pañal y era demasiado pequeño para sostener una taza.

Jugábamos, cantábamos y veíamos el mundo a través de la ventana: el repartidor de hielo con su carro, el ropavejero y su poni peludo, los hombres volviendo de los muelles al atardecer, las mujeres en las escaleras de entrada con las cubetas rebosantes de ropa para lavar y los niños saltando la cuerda y jugando a “tú las traes”.

Incluso entonces me podría haber arrastrado y bajado las escaleras; me las hubiera podido arreglar para hacerlo. Pero la única vez que me aventuré afuera, mamá me descubrió y me pegó hasta hacerme sangrar los hombros.

—¡Eres mi mayor desgracia! —gritó—. ¡Un monstruo con pies deformes! ¿Acaso quieres que el mundo sea testigo de mi vergüenza?

Me amenazó con lo mismo de siempre: con tapiar la ventana si me volvía a escapar.

Mi pie derecho era pequeño y estaba tan torcido que la planta miraba hacia arriba, los dedos quedaban flotando en el aire y lo que debía ser la parte superior tocaba el piso. El tobillo, por supuesto, no funcionaba, y cada vez que le cargaba un poco de peso me dolía mucho, así que pocas veces lo intenté. Era muy buena gateando. No me importaba quedarme en el cuarto, siempre y cuando estuviera con Jamie. Pero cuando Jamie creció, quería ir a la calle a jugar con los otros niños.

—¿Por qué no, si es un niño normal? —decía mamá.

A Jamie le aclaraba:

—Tú no eres como Ada, tú puedes ir a donde quieras.

—No puede —respondía yo—, tiene que quedarse donde lo pueda ver.

Al principio me obedecía, pero luego se hizo amigo de una pandilla de niños y lo perdía de vista durante todo el día. Regresaba a casa con historias de los muelles del Támesis, donde barcos enormes descargaban mercancías de todo el mundo. Me contaba de trenes y de bodegas más grandes que nuestro bloque de departamentos entero. Había visto Saint Mary, la iglesia con cuyas campanas medía yo el tiempo. Conforme los días de verano se extendían, Jamie se quedaba afuera cada vez más tarde, hasta que volvía una vez que mamá ya se había marchado. Se ausentaba mucho tiempo, y a mamá le daba igual.

Mi cuarto era una cárcel. Con trabajos podía soportar el calor, el silencio y el vacío.

Intenté todo con tal de que Jamie no se marchara. Trabé la puerta para que no pudiera salir, pero ya era más fuerte que yo. Le rogué y le imploré a mamá. Lo amenacé, y un día en que hacía mucho calor le amarré las manos y los pies mientras dormía. Lo obligaría a quedarse conmigo.

Pero él se despertó y, sin gritar, se retorció y después se quedó quieto, viéndome. Se le escaparon algunas lágrimas. Lo desaté tan rápido como pude; me sentí un monstruo.

—No lo volveré a hacer. Te juro que no lo volveré a hacer —murmuré.

Aun así, siguió llorando. Lo entendía: nunca lo había lastimado, no le había pegado ni una sola vez. Me había transformado en mamá.

—Me quedaré adentro —murmuró.

—No —respondí—. No tienes por qué hacerlo. Pero toma un poco de té antes de irte.

Le di una taza y un pedazo de pan con manteca. Estábamos solos. No tengo idea de a dónde había ido mi madre esa mañana. Le acaricié la cabeza, lo besé en la frente y le canté una canción; hice todo lo que se me ocurrió para que sonriera.

—De todas maneras, pronto vas a ir a la escuela —dije, sorprendida de no haberme dado cuenta de esto antes—. Entonces estarás afuera todo el día, y yo estaré bien. Me las ingeniaré para estar bien. Lo convencí de salir a jugar, y lo saludé a través de la ventana.

Entonces hice lo que desde hace tiempo debía haber hecho: aprender a caminar.

Si aprendía a caminar, quizás mamá no se avergonzaría tanto de mí. Tal vez pudiéramos disimular mi pie torcido. Quizás podría salir del cuarto y acompañar a Jamie, o al menos acudir en su ayuda si lo requería.

Eso fue precisamente lo que sucedió, aunque no de la manera que había imaginado. Al final fue la combinación de las dos guerras —el final de mi pequeña guerra contra Jamie y el inicio de la gran guerra, la guerra de Hitler— lo que me liberó.

Capítulo dos

Empecé ese mismo día. Me encaramé al asiento de mi silla y planté los dos pies en el piso: mi pie izquierdo, el bueno; mi pie derecho, el malo. Estiré las rodillas, me sujeté del respaldo y me levanté.

Me gustaría que entendieran cuál era el problema: por supuesto que me podía parar, e incluso dar saltitos con una pierna. Pero era mucho más veloz a gatas, y nuestro departamento era tan pequeño que no me tomaba la molestia de pararme muy seguido. Los músculos de mis piernas, sobre todo los de la derecha, no estaban acostumbrados a ello. Sentía la espalda muy débil. Pero todo eso no hubiera tenido mayor importancia si lo único que hubiera tenido que hacer era mantenerme erguida: para caminar tenía que apoyar el pie malo y recargar todo mi peso sobre él, levantar el otro y no caerme por culpa de mi falta de equilibrio o del insoportable dolor.

Ese primer día me quedé recargada en la silla, tambaleándome. Lentamente, pasé parte de mi peso de la pierna izquierda a la derecha. Resoplé. Quizás no habría dolido tanto si estuviera acostumbrada a caminar. Quizás los pequeños

huesos chuecos de mi tobillo ya se habrían habituado. Quizás la delgada piel que los cubría ya tuviera algo de callo.

Quizás. Pero no tenía forma de saberlo, y esos pensamientos no me estaban acercando a Jamie. Solté la silla. Impulsé hacia delante el pie derecho y moví el cuerpo. Sentí una puñalada de dolor en el tobillo. Me caí.

Me levanté. Me tomé de la silla, me establecí y di un paso... al suelo. Me levanté. Lo intenté de nuevo, esta vez adelantando el pie bueno. Resoplé, me bamboleé sobre el pie malo y azoté.

La piel de la base de mi pie malo se raspó. La sangre embadurnó el piso. Tras otros intentos, ya no lo soporté. Me arrodillé, temblando, y con un trapo limpié el desastre.

Todo esto sucedió el primer día; el segundo fue peor. Además de que el pie y la pierna buenos también me dolieron, me costó mucho trabajo estirar las piernas. Tenía moretones en las rodillas de tanto caerme y las heridas de mi pie malo no habían cicatrizado. Todo lo que hice el segundo día fue pararme, sostenerme en la silla y mirar a través de la ventana. Moví mi peso de un pie al otro para practicar. Después me acosté en la cama y lloré del cansancio y del dolor.

Mantuve en secreto lo que había hecho, por supuesto. No quería que mamá supiera nada hasta que pudiera caminar bien, y no confiaba en la discreción de Jamie. A veces me daban ganas de gritar las novedades por la ventana, pero ¿para qué? Cada día veía gente afuera, y a veces les hablaba, pero aunque me saludaran e incluso dijeran “¡Hola, Ada!”, rara vez intentaban hablar en serio conmigo.

Quizás mamá sí me sonreiría. Incluso quizás diría: “Qué lista eres”.

Mi imaginación volaba. Tras un día especialmente duro, mientras me apretaba la pierna en la cama y temblaba del esfuerzo por no llorar, imaginaba que mamá me tomaba de la mano para ayudarme a bajar las escaleras. Imaginaba que me llevaba a la calle y que le decía a medio mundo: “Ella es Ada, mi hija. Miren, no es tan inútil como creíamos”.

Después de todo, era mi madre.

Imaginaba que la ayudaba con las compras. Incluso imaginaba que iba a la escuela.

—Cuéntame todo —le pedí a Jamie, ya bien entrada la noche. Lo senté en mi regazo, cerca de la ventana—. ¿Qué viste hoy? ¿Qué aprendiste?

—Fui a una tienda, como me lo pediste —respondió—. En una frutería; había frutas por todas partes, apiladas en mesas.

—¿Qué clase de frutas?

—¡Ah!, manzanas. Y unas parecidas a las manzanas. Y unas cosas redondas, anaranjadas y brillantes, y otras, verdes.

—¡Te tienes que aprender cómo se llama cada una! —le indiqué.

—No puedo. Cuando el dueño me vio, me corrió de la tienda. Dijo que no le gustaba que los limosneros mugrientos le robaran la fruta, y me sacó a escobazos.

—Pero, Jamie, tú no eres un limosnero mugriento. A veces hasta nos bañamos, cuando mamá dice que nuestra peste es insoportable. Y jamás robarías.

—Claro que lo haría —se apresuró a decir Jamie.

Metió la mano en su camisa y sacó una de esas frutas parecidas a las manzanas; suave, amarilla y grumosa. Era una pera, aunque por entonces no lo sabíamos. Cuando la mordimos, el jugo se derramó por nuestras mejillas.

Jamás había probado algo tan delicioso.

Al día siguiente, Jamie se robó un jitomate, y al siguiente, en una carnicería, lo sorprendieron cuando se robaba una chuleta. El carnicero le dio una buena paliza en plena calle, y lo trajo a casa para acusarlo con mamá, quien lo agarró del cuello y también le dio una tunda.

—¡Idiota! Robar dulces es una cosa... ¿Para qué querías una chuleta?

—Ada tenía hambre —respondió Jamie, lloriqueando.

Y sí, yo tenía hambre. Caminar implicaba tal esfuerzo que siempre estaba hambrienta. Pero decirlo no fue una buena idea, y Jamie lo sabía. Vi cómo abría los ojos, espantado.

—¡Ada, debí de habérmelo imaginado! —dijo mientras me volteaba a ver—. ¿Así que enseñándole a tu hermano a robar para ti? ¡Sabandija asquerosa!

Intentó darme una bofetada. Yo estaba sentada en la silla y, por instinto, salté para esquivar el golpe. Caí parada, pero estaba perdida. No podía dar un paso sin revelar mi secreto. Mamá se me quedó viendo con los ojos echando chispas.

—¿Así que muy grandecita? Arrodíllate y métete en el armario.

—No, mamá —imploré, mientras me derrumbaba en el piso.

El armario era en realidad un cuchitril bajo el lavabo. La tubería goteaba, así que el cuchitril estaba siempre húmedo y apestoso. Por si fuera poco, había cucarachas. No me importaba verlas afuera, pues podía aplastarlas con un papel y tirarlas por la ventana. Pero en el cuchitril, en medio de la oscuridad, no podía aplastarlas. Se me subían por todo el cuerpo. Una vez, una de ellas intentó meterse en mi oreja.

—¡Adentro! —dijo mamá, sonriendo.

—Yo me meto —exclamó Jamie—; fui yo quien se robó la chuleta.

—Dije que se mete Ada —repitió mamá, y dirigió su sonrisa hacia Jamie—. Cada vez que me entere de que robe, Ada pasará la noche en el armario.

—Por favor, no toda la noche —murmuré, inútilmente.

Cuando las cosas de verdad marchaban mal, podía perderme en el interior de mi cabeza. Siempre supe cómo hacerlo. Sin importar dónde estuviera, en la silla o en el armario, podía ingeniármelas para no ver, no escuchar y ni siquiera sentir nada. Simplemente, me evadía.

Era genial, lo único malo es que no sucedía tan rápido como lo necesitaba. Los primeros minutos en el armario eran los peores. Después, me empezaba a doler el cuerpo por estar tan apretada. Había crecido. Por la mañana, cuando mamá me permitía salir, me sentía confundida y enferma. Al estirarme, sentía innumerables dolores por todas partes: calambres, tensiones, golpes. Me acosté en el piso. Mamá me vio y dijo:

—Espero que aprendas la lección. No intentes tirar más alto de tu nivel.

Sabía que mi mamá había adivinado parte de mi secreto. Me estaba volviendo más fuerte, y eso no le agradaba. Tan pronto como salió, me levanté y me obligué a caminar de un extremo del cuarto al otro.

Ya era finales de agosto. Sabía que no faltaba mucho para que Jamie empezara la escuela. Ya no tenía tanto miedo de su partida, pero en cambio sentía pavor de tener que quedarme a solas con mamá. Sin embargo, ese día Jamie regresó temprano a casa, molesto.

—Billy White dice que todos los niños se están yendo —anunció.

Billy White era el hermano menor de Stephen White, y el mejor amigo de Jamie. Mamá se estaba arreglando para irse a trabajar. Se agachó para amarrarse los zapatos, y al enderezarse refunfuñó:

—Eso dicen.

—¿Qué quieren decir con eso de que se están yendo? —pregunté.

—Se van de Londres —explicó mamá—, por culpa de Hitler y de sus bombas.

Se le quedó viendo a Jamie, como si yo no existiera.

—Lo que dicen es que la ciudad va a ser bombardeada, así que todos los niños deben marcharse al campo, lejos del peligro. Todavía no decido qué hacer contigo. A lo mejor me conviene: una boca menos que alimentar.

—¿Qué bombas? —pregunté—, ¿qué campo?

Mamá me ignoró.